

SÒNIA MARTÍNEZ TORTAJADA

Tu mujer de poder

El camino de vuelta a ti



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Espiritualidad y Vida interior

TU MUJER DE PODER

Sònia Martínez Tortajada

1.ª edición: septiembre de 2025

Maquetación: *Marga Benavides*

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2025, Sònia Martínez Tortajada

(Reservados todos los derechos)

© 2025, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25 Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-316-9

DL B 11041-2025

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Introducción	5
Conozco mi historia como mujer	5
Punto de partida	9
¿Cómo éramos? ¿Cómo eran las cosas?	11
Nuestros dones	25
Primer don: La conexión con la Luna	33
Tu energía y productividad en todas las fases de la Luna	35
El diagrama lunar	36
Mi Luna	39
Segundo don: La conexión con el útero	43
El ciclo a nivel fisiológico	43
El significado de nuestro útero: Poder creativo	46
Visualización del útero	49
Ya no tengo útero	50
No siento la ciclicidad.	51
Las 4 fases del ciclo menstrual.	55
Tercer don: La conexión con la naturaleza	59
Las fiestas paganas	59
Los ritos de paso	66
Cuarto don: La conexión con tu anciana o bruja interior.	71
¿Qué conoces de la menstruación?	71
La menarquia	77

La parte física	79
La parte emocional y espiritual	81
El rito de paso de la muerte	82
La anciana o bruja y la energía yin	83
La anciana o bruja y el elemento agua.	83
Vivir o no vivir la anciana o bruja.	84
La anciana o bruja y las diosas asociadas	86
Las enseñanzas de las diosas menstruales.	87
La fiesta de Samhain.	91
Visión global	94
Quinto don: La conexión con tu doncella o virgen interior . .	95
Conocer a la doncella	95
Organización y planificación	96
La parte física	98
La parte emocional y espiritual	99
El rito de paso de la menarquia.	99
La doncella o virgen y la energía yang.	101
La doncella o virgen y el elemento aire	101
Vivir o no vivir la doncella o virgen	102
La doncella o virgen y las diosas asociadas.	107
Las enseñanzas de las diosas vírgenes.	108
La fiesta de Imbolc	110
Visión global	112
Sexto don: La conexión con la madre o reina interior	113
Acercarse a la madre	113
La parte física	115
La parte emocional y espiritual	116
El rito de paso del parto y la maternidad.	118
Tu madre	122
La madre o reina y la energía yin	126
La madre o reina y el elemento tierra	126
Vivir o no vivir la madre o reina	129
La madre o reina y las diosas asociadas	131
Las enseñanzas de las diosas Gran Madre	132

La fiesta de Lammas	134
Visión global	136
Séptimo don: La conexión con la chamana	
o hechicera interior	137
¿Qué es una chamana o hechicera?	137
La intuición, ¿qué es para ti?	139
La parte física	150
La parte emocional y espiritual	151
Los sueños y sus enseñanzas	155
Revisión del ciclo, revisión de vida	159
El rito de paso del climaterio y la menopausia.	161
La chamana o hechicera y la energía yang	165
La chamana o hechicera y el elemento fuego.	165
Vivir o no vivir la chamana o hechicera	166
La chamana o hechicera y las diosas asociadas.	168
Las enseñanzas de las diosas poderosas	170
La fiesta de Mabon	172
Visión global	174
Epílogo	175
Bibliografía y netgrafía	177

Introducción

Conozco mi historia como mujer

No sabía que mi historia como mujer era distinta de la Historia en mayúsculas, de la Historia que se nos cuenta en el cole y que se nos explica por doquier, de la Historia de la humanidad.

Cuando me convertí en madre empecé a vislumbrar algo muy interesante y también algo un poco preocupante. Descubrí unos libros maravillosos sobre mujeres que habían hecho cosas magníficas a lo largo de la Historia, pero que yo ni conocía; y eran mujeres no solo del panorama actual, sino mujeres de todas las épocas. Uno de esos libros era *Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes*, de Elena Favilli y Francesca Cavallo. Lo compré para mi hija, pero quien realmente aprendió y se fascinó con el libro fui yo. Lo leíamos juntas y yo no entendía por qué no había conocido a la mayoría de aquellas mujeres durante mi vida. Además, eso me hizo recordar que cuando estudiaba en el cole aprendimos sobre algunas escritoras de la época del Romanticismo y del Realismo. Ellas eran Rosalía de Castro y Emilia Pardo Bazán. Luego también recuerdo a santa Teresa de Jesús y a sor Juana Inés de la Cruz, pero a ninguna más... Bueno, soy profesora de secundaria desde hace más de quince años y santa Teresa, sor Juana, Rosalía y Emilia siguen siendo las únicas mujeres en los libros de texto. Y en las demás asignaturas, tampoco recuerdo mujeres con un papel relevante. Era como si no hubiésemos existido. Y lo peor: lo normalicé. Y no sabía que lo había normalizado hasta que con los años, me adentré en el mundo de lo femenino para descubrir que nos habíamos perdido

tanto y que habíamos olvidado tanto. Así que me puse a investigar y descubrí cosas muy interesantes que me sorprendía no saber y que fueron la razón de que yo encontrase a «mi mujer de poder», y por ello, quiero compartirte aquí mis descubrimientos y mis reflexiones, para que tú también encuentres a «tu mujer de poder», aquella que vive en tu interior y que contiene toda la sabiduría y te ofrece todas las herramientas para conectar con tu fortaleza, tu intuición, tu cuerpo y te permite escuchar tus necesidades y respetarlas sin excusas y sin remordimientos.

Todo empezó preguntándome «qué era ser mujer». No sé ni cuándo ni cómo apareció esta pregunta en mi mente, aunque ahora que lo pienso, creo que apareció primero en mi corazón y luego mi mente quiso usar sus herramientas cognitivas para poder darle respuesta desde un lugar más racional. No me importó porque me gusta comprender las cosas racionalmente también, así que, primero me centré en esta parte y empecé por buscar la palabra «mujer» en Google y éste fue el resultado:

- El 90 % eran mujeres jóvenes y guapas.
- El 5 % eran mujeres mayores.
- El 5 % aparecían con hijos.

Luego busqué artículos relacionados con «mujer» y encontré lo siguiente:

- Trucos para adelgazar.
- Las 10 mujeres más bellas.
- Colección de ropa interior.
- Ropa, zapatos y accesorios de mujer.

Todo era muy superficial y nada real. Y decidí profundizar porque sentía que necesitaba recordar quién era y redescubrir qué significaba «ser mujer», porque yo era mujer y lo que la sociedad me decía que era no se correspondía con lo que yo intuía dentro de mí.

Comencé por buscar una definición de mujer que no fuera la típica de diccionario y buscando encontré ésta:

Ser mujer es dar vida, entrega, dedicación, mantener lazos, cuidar, sabiduría, escucha, amor incondicional, paciencia infinita, comprensión profunda, un corazón lleno de sentimientos, capacidad de organización, intuición, inteligencia práctica, calidad de presencia, encarnar la belleza, buscar la armonía, energía de vida, compañía, calidez, humanidad, fortaleza, valentía, ser transmisora, sustentadora, protectora, emprendedora, luchadora, ayudar a crecer, transformadora de la vida.

(AUTOR DESCONOCIDO)

Al leerla sentí que me estaba acercando a lo que intuía, pues sentía que estas palabras pertenecían a mi esencia. Seguro que no es del todo completa o que podría cambiarse algo, o añadirse o quitar; pero me parecía de las mejores que había leído. Ahora estamos en un momento interesante y confuso porque no hay modelos para vivir todas estas facetas. El desafío del momento, según Joseph Campbell, reside en florecer como individuos. En nuestra mitología no existen modelos para la búsqueda individual de una mujer y tampoco hay un modelo para un varón casado con una mujer individualizada. Entender nuestra Historia nos llevará a comprender y a saber de dónde venimos, dónde estamos como mujeres y decidir qué queremos cambiar y cómo para florecer como individuos. Para esta parte del libro me basaré en Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser (historiadoras y docentes) y en las investigaciones de Joseph Campbell (mitólogo), Marija Gimbutas (arqueóloga y antropóloga), Pepe Rodríguez (periodista) y Gerda Lerner (historiadora).

Según Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser (1988), el primer factor que define la experiencia de las mujeres es «nacer mujer». Esto ha marcado nuestra Historia: nacemos con unos dones no contados porque se perdieron en el tiempo, no nos llegaron. En nuestro ADN, en nuestros huesos, en nuestra impronta biológica tenemos los recuerdos de las mujeres de nuestro linaje y, como consecuencia, de todas las mujeres. No sólo tenemos el recuerdo de aspectos difíciles que se han tenido que afrontar, ¡también están estos dones! Y es esencial reconectar con ellos porque son parte de nosotras, de nuestra identidad. A través de ellos redescubriremos la feminidad, que el DRAE dice que es

«aquello perteneciente o relativo a la mujer o propio de la mujer o que posee características atribuidas a ella». Para mí son estos dones intrínsecos a nosotras que siento que nos llaman a mirar desde dentro hacia fuera y no al revés.

Existe una llamada interior a recordar quiénes éramos y este despertar de la energía femenina que estamos viviendo y experimentando en muchos niveles es, al fin y al cabo, un recordar quiénes éramos para saber quiénes somos.

Para llegar hasta aquí lo haremos del siguiente modo. El libro comienza con un punto de partida que te propondrá algo práctico para saber desde dónde comienzas en esta lectura. Seguidamente te acompañaré a descubrir un poco nuestra Historia como mujeres desde la prehistoria pasando por la Edad Antigua y llegando a analizar algunos momentos de la Edad Media para recordar cuáles han sido y siguen siendo nuestros dones y también cómo se fueron perdiendo y olvidando, parte que desarrollo primero a través de la existencia de las energías yin y yang y de los cuatro elementos de la creación para después analizar cada don que yo he identificado: la conexión con la Luna, la conexión con el útero, la conexión con la naturaleza y la conexión con nuestro ciclo vital a través de sus cuatro arquetipos.

Todo ello pretende despertar tus memorias ancestrales para que te reencuentres con «tu mujer de poder», que es la esencia de la expresión y manifestación de ti misma en toda su autenticidad. Ella es quien eras, eres y serás en la esencia más pura de tu ser porque está conectada a la naturaleza y al cosmos, es decir, a la vida.

Este libro es mi granito de arena al despertar colectivo femenino y se basa en los aprendizajes, enseñanzas y experiencias personales vividos en los últimos diez años. Además, al ser profesora, no puedo más que unir a la teoría una parte práctica que te permitirá trabajar e integrar lo que te explico porque para interiorizar hay que vivenciar.

Feliz reencuentro contigo, feliz reencuentro con tu mujer de poder.

Punto de partida

Antes de comenzar este libro, me gustaría proponerte una actividad práctica que te dará algunas pistas sobre el lugar en el que te encuentras al iniciar este viaje de conexión con tu mujer de poder.

Empezaremos desde el cuerpo que habitas, desde esa sabiduría encarnada que te pertenece.

A lo largo de miles de años se nos ha dicho cómo debe ser nuestro cuerpo. Cada época ha tenido sus cánones: que si cuerpo más redondeado, que si caderas anchas, que si pechos grandes, que si delgadez extrema, que si pecho pequeño, que si aspecto desgarrado, que si cadera estrecha, que si cuerpo atlético, que si muslos tonificados, que si trasero prominente, y ya he perdido el hilo de todo lo que se nos ha ido perdiendo a lo largo de la Historia. Nuestros cuerpos no tienen nada de malo y nadie puede dictarnos qué formas deben tener. Este punto, que nos toca a todas de una manera u otra, será el catalizador de este viaje, y para comenzarlo te propongo un bonito ejercicio que consiste en escribir una carta de amor a las partes de tu cuerpo. Se trata de escribirle a todo tu cuerpo: a las partes que amas y también a las que te cuesta aceptar. No es una prueba, ni un reto que debas superar. Es un gesto de escucha. Una semilla que marca el inicio del viaje que estás a punto de emprender. Si al hacerlo aparecen resistencias, juicios o bloqueos, no estás sola. Es completamente natural. Forma parte del reencontro contigo misma. La incomodidad también tiene algo que decirte si te detienes a escucharla.

Y si no has podido escribir nada, está bien. A veces, simplemente intentarlo ya es abrir una puerta. Porque este camino no se recorre con exigencias, sino con amor. Y es precisamente ahí, en ese amor por ti misma, donde empieza a despertar tu mujer de poder.

¿Cómo éramos?

¿Cómo eran las cosas?

En las sociedades primitivas existía la representación de unas figuritas llamadas Venus que se encontraron durante los períodos del Paleolítico y del Neolítico. Se encontraron unas 500 estatuillas del Paleolítico y más de 30 000 del Neolítico.

Estas figuritas tenían atributos femeninos muy marcados, incluso deformados como las nalgas, los senos, las caderas y el pubis. Muchas no tenían cabeza o el rostro no tenía detalles, y parece ser que eran, entre otros aspectos, una expresión de la existencia de una divinidad basada en el principio femenino de dar la vida y proteger (Pepe Rodríguez, 1999). Durante más de 20 milenios no hubo otra diosa que la diosa paleolítica (del 30 000 al 3 000 a. C.). Seguramente conocerás la Venus de Willendorf, que sería un ejemplo de esta expresión, o también la Venus de Laussel.

Pepe Rodríguez afirma al respecto que «el principio generador del universo se concibió bajo una personificación de mujer y femenina que era la fuerza divina que controlaba el ciclo de la vida, la muerte y la regeneración». Este principio llamado Gran Diosa era autogeneradora y contenía en ella misma todos y cada uno de los elementos que formaban el cosmos. Existía, por tanto, una creencia primigenia en el principio femenino como creador, dador y protector de la vida y personificado a través de la mujer con las figuras de las Venus con atributos femeninos. Todo ello me llevó a querer saber y querer entender por qué razón esta concepción del universo y este respeto por lo femenino se perdió en el tiempo.

En el Paleolítico, las comunidades eran cazadoras-recolectoras y los roles estaban definidos de manera que los hombres se dedicaban a la caza y las mujeres a la recolección de alimentos. Sin embargo, investigaciones recientes muestran que estos roles no eran excluyentes: también hubo mujeres que participaron en actividades de caza y hombres que recolectaban, lo que sugiere una organización más flexible de lo que se había creído. Ellas eran las conocedoras de las plantas y de los ciclos de los vegetales, y al parecer existía un orden social en el que las mujeres jugaban un papel central. El antropólogo suizo Johann Jakob Bachofen (1975) decía que en un principio estas tribus nómadas eran matrilocales y matrilineales, lo que quería decir que los hijos permanecían con la madre porque no podía asegurarse quién era el padre (la sexualidad no era entendida como hoy en día y se practicaba sin ninguna exclusividad). El centro de la organización familiar y de la comunidad eran las mujeres como madres, pero existía un carácter igualitario entre los dos sexos. Al pasar esta sociedad a ser agrícola y ganadera (sedentaria), se produjeron cambios en la organización social y se dice que ello llevó a desigualdades. Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser (2009) dicen que el hombre pasó a ocupar la posición productiva que tradicionalmente fue de las mujeres y ellas comenzaron a perder su posición dentro del grupo. Al asumir la mujer un rol no productivo se incrementó el dominio social ejercido por el hombre, lo que modificó la estructura familiar. Además con la agricultura apareció el excedente y éste, aparte de provocar enfrentamientos porque los pueblos podían pelearse por este alimento sobrante, sirvió también para negociar, con lo que los primeros indicios de «bienes y propiedad privada» empezaron a darse. El excedente fue el inicio de todo. Poseer se convirtió en la moneda de cambio para muchas cosas y la mujer se convirtió así en un «bien» más, en una «posesión» más. Cuando un pueblo invadía a otro, mataba a los hombres, pero conservaba a las mujeres, se quedaban con ellas y al poseer a las mujeres se tenían sus conocimientos sobre plantas y siembra y también el control de su sexualidad.

Aunque éste fuese el desarrollo de la Historia que más se ha popularizado, Marija Gimbutas (1974) defendió la existencia de sociedades matrilocales mucho más allá del Neolítico. Comenta que la vieja Europa (Europa oriental, occidental y central, las zonas del Egeo, los Balca-

nes y el Mediterráneo central), Anatolia y Creta (Micenas) eran una gylanía, es decir, una estructura social en la que los dos sexos mantenían una relación social igualitaria. Existen testimonios arqueológicos que nos hablan de esta igualdad, como ejemplos de tablillas micénicas donde se dice que mujeres y hombres recibían las mismas raciones por su trabajo en palacio, y también que había el mismo número de mujeres y hombres entre el personal religioso (Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser). Gimbutas decía que estas sociedades estuvieron vigentes del 7000 al 3500 a. C. y que los restos arqueológicos encontrados mostraban que no establecían ciudades amuralladas y que era preeminente el culto a diosas femeninas. Tampoco se han encontrado en los asentamientos restos de armas o representaciones bélicas. El arte relacionado con la Diosa no mostraba imágenes de guerra o de dominación masculina, lo que la llevó a afirmar que eran sociedades pacíficas de agricultores-ganaderos en donde reinaba la igualdad de género, pero que finalmente fueron destruidas por la invasión de un pueblo protoindoeuropeo bélico y patriarcal que Gimbutas llamó los kurganes.

A todo ello, querría citar las investigaciones llevadas a cabo por Anna Boyé, antropóloga de la Universitat de Barcelona, a partir de las que ha descubierto y visitado varias sociedades matriarcales que existen hoy en día y que tienen larga tradición: la comunidad Minangkabau, en la isla de Sumatra; la comunidad Mosuo, en China; la comunidad Bijagó, en Guinea Bissau; las comunidades Quero y Huilloc de Perú y la comunidad Juchiteca de México.

Boyé habla de sociedades matriarcales con la misma idea que lo hacía Marija Gimbutas de la sociedad matrifocal. Para ella: «una comunidad matriarcal es aquella en la que el papel de la mujer es central y estructura una manera de entender la vida desde la paz, el bienestar común y la importancia del grupo. No es, por tanto, lo contrario del patriarcado sino una manera diferente de socializarse. En las seis comunidades matriarcales que he estudiado, el prestigio lo tiene el que más da, no quién más tiene, se busca el consenso por encima de la imposición. En ellas, la mujer tiene independencia económica y es respetada por su autoridad no coercitiva, su inteligencia y por las buenas relaciones con la comunidad» (Congresos y ponencias de Anna Boyé, 10 de agosto de 2021).

Vemos, por tanto, que, aunque la reestructuración social que llegó de la mano del excedente cambió el papel de la mujer, se mantuvieron comunidades que no se transformaron en patriarcales, con lo que otra manera de vivir era posible y es posible. No conocer nuestros orígenes y no conocer las teorías de Marija Gimbutas y las investigaciones de Anna Boyé habrían dejado sin respuesta ese vacío que sentía en mi interior al pensar en mí como mujer, porque sabía muy adentro que nunca fuimos menos y que éramos y somos importantes para el mundo. A todo ello hay que decir que no es que existiese una conspiración para relegar a las mujeres, pero la estructura agrícola llevó al hombre a ser el proveedor y la mujer quedó atada a su función como reproductora y encargada de las tareas del hogar en la mayoría de los asentamientos. La mujer se ocupaba estrictamente de lo que atañía a la vivienda, pero ya no participaba de otras actividades y su segregación llevó a crear una serie de historias para justificar todo esto y pasó a depender, hasta para su propia supervivencia, del hombre (primero del padre y luego del marido).

El desequilibrio entre masculino y femenino que vino con el excedente alimentario también se extendió a la creencia que existía en la Gran Diosa y el principio femenino. Se dice que se forzó la aparición de mitos acerca de la inferioridad «natural» de las mujeres y ahí llegó también la llamada dominación de unos sobre otros. Leí hace tiempo un mito de los pigmeos del Congo y los indios oná de la Tierra del Fuego que decía lo siguiente: «En el origen existía el poder mágico de las mujeres. Entonces los hombres las mataron a todas y mantuvieron con vida a las más jóvenes, a las que nunca enseñaron lo que sus madres sabían, pues los hombres se reservaron ese conocimiento para sí mismos». No puedo citar la fuente porque no recuerdo dónde lo leí, pero me impactó muchísimo, porque se parece a lo que ha sucedido a gran escala en nuestra sociedad: hemos olvidado el conocimiento y la historia de nuestros ancestros femeninos.

La aparición de mitos y dioses masculinos relegaron la creencia primigenia en la Gran Diosa. En Mesopotamia, por ejemplo, puede verse cómo se proclamó ya la supremacía del dios varón en la figura de Marduk, dios de la guerra, después de haber vencido a la Gran Diosa. Este mito aparece en el *Enuma Elish*, la epopeya de la creación de la cultura

mesopotámica. Otro ejemplo del paso de la Diosa al Dios se da en la cultura hebrea, en la que primero se rendía culto a la Gran Diosa bajo el nombre de Asherá y luego apareció el dios varón Yahvé. El culto a los dos convivió durante siglos hasta que acabó imponiéndose el culto exclusivo a Yahvé (Pepe Rodríguez, 1999).

Todo ello me ha llevado a pensar en que nuestro valor y nuestro poder intrínseco ligado a nuestra identidad sufrió un hachazo hace milenios, con lo que esa armonía unida a la vida, a la protección y a la igualdad se perdió. Creo que todas las mujeres conscientes habrán sentido algún tipo de vacío relacionado con su propio valor y su propio poder en algún momento de su vida y para mí era imperativo saber de dónde venía esa sensación, dónde estaba el origen de esa desconexión que muchas hemos sufrido.

Nuestra Historia como mujeres siguió un peregrinaje de sumisión, de dependencia, de no libertad que se extendió de una manera generalizada. Solamente comentaré algunos ejemplos que fueron los que más me impactaron y me hicieron hacer un «clic» en la mente y en el corazón. Ello provocó que mucho de lo que debo conservar en mi ADN (de mis ancestros mujeres) despertase y yo pudiese reconocer ese dolor y esa injusticia sufrida y, así, pudiese comenzar a liberarla y a renacer como mujer consciente.

A finales del IV milenio y durante el III milenio a. C., en Mesopotamia, empezó a legislarse la subordinación de la mujer a partir de leyes. El rey Urukagina o Uruinimgina (2352-2342 a. C.) reguló el comportamiento sexual de las mujeres. Por ejemplo, las mujeres no podían casarse con dos hombres, con lo que una mujer viuda no podía volver a casarse. Se trataba de proteger la propiedad de la familia del primer esposo y evitar que ésta pasase al nuevo, todo ello bajo pena de lapidación y de desfiguración del rostro.

También tenemos el Código de Hammurabi (c. 1750 a. C.) en el que, de las 278 leyes que lo componen, 73 regulan el matrimonio y los usos sexuales. Éstas eran restrictivas con las mujeres y permisivas para con los hombres. Por ejemplo, estas leyes entendían el adulterio como una mera violación del derecho de propiedad del marido y, en consecuencia, la esposa y el amante eran condenados a muerte. También las leyes mesoasíricas (c. 1500 a 1100 a. C.) se ocuparon de re-

gular de manera jurídica la actividad personal, social y sexual de la mujer.

Gerda Lerner (1986) dice que aquí empezó la consolidación definitiva de la sumisión de la mujer al hombre.

Para acercarnos más a nuestra Historia moderna, me referiré a los escritos griegos, romanos y hebreos, que han sido la matriz de la cultura europea. Sobre todo me basaré en la *Iliada* y la *Odisea*, *Las leyes de Roma* y el *Pentateuco* (los cinco primeros libros de la Biblia). En estos escritos se forjaron muchas de las características que se otorgaron a las mujeres y que las definieron.

Bonnie S. Anderson y Judith P. Zissner citan las palabras que al parecer escribió un griego en el siglo v a. C. y que se me antojan perfectas aquí: «Todos los pensamientos del hombre han sido modelados por Homero desde el principio», con lo que la influencia de Homero debió de ser muy vasta. De hecho, cerca de la mitad de los papiros hallados en Egipto entre los siglos v y iv a. C. eran obras homéricas o comentarios sobre ellas.

La épica de Homero, las leyes romanas y la Biblia hebrea transmitieron aspectos como los siguientes. He extraído los que más me impactaron de Bonnie S. Anderson y Judith P. Zissner y que están explicados en su libro *Historia de las mujeres. Una historia propia* (2018):

- La palabra «mujer» es un insulto en la *Iliada*, y en el Antiguo Testamento se aplica a los hombres cobardes.
- Las genealogías de Homero y el Antiguo Testamento presentan el linaje sólo a través de la línea masculina.
- En el Antiguo Testamento el testimonio de Raquel dice: «Dame hijos, o si no me muero». Existía la creencia de que la esterilidad era un fallo de las mujeres. Cuando Raquel concibe a su hijo, dice: «Ha quitado Dios mi afrenta».
- Según la costumbre tradicional romana, sólo los niños recibían nombres propios, las niñas llevaban sólo el apellido y se distinguían de las demás por medio de apodos.
- Una ley atribuida a Rómulo, el legendario fundador de Roma, obligaba a los ciudadanos a educar a todo hijo varón, pero sólo a la primogénita de las mujeres, a las demás hermanas no.

- La 4.^a ley de las Doce Tablas de Roma se llama «poder paterno» y concede al padre la autoridad única y absoluta sobre sus hijos. En la 5.^a se especifica que «debido a su ligereza de mente» toda mujer (excepto las seis vírgenes vestales) estará bajo la potestad de un hombre.
- En el Antiguo Testamento, la palabra de una mujer tiene valor sólo si su marido o padre no la contradice.
- En el Génesis se dan dos versiones de la creación del ser humano. En el primer capítulo, versículo 27, dice: «Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó». En el capítulo segundo, versículos 21 al 24 dice así: «Por eso Dios hizo que el hombre se quedara profundamente dormido. Y así, mientras éste dormía, Dios le sacó una de sus costillas, y luego le cerró el costado. De esa costilla Dios hizo una mujer». Esta segunda versión fue la que más se extendió. Eva nació a partir de una costilla de Adán, con lo que ya se habla de una «dependencia» del hombre. A ello se le une el relato del árbol del conocimiento del Bien y del Mal, en el que Eva es engañada por la serpiente para desobedecer a Dios.

Y ahí aparece el castigo de Dios a todas las mujeres. «Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará» (capítulo 3, versículo 16).

- Según la historiografía romana, una serie de leyes atribuidas a Rómulo habría dado la prerrogativa a los familiares varones, junto con el marido, para acabar con la vida de la mujer en caso de adulterio y en caso de que fuese encontrada bebiendo vino. Para la mentalidad romana, la mujer que bebía vino estaba abriendo la puerta al adulterio y a la negligencia en las labores del hogar y, por tanto, cerrándola a las virtudes (Pilar Pavón, 2011).
- Una de las leyes reales declaraba que a las esposas no les estaba permitido divorciarse de sus maridos, pero los maridos podían divorciarse de sus esposas.
- En el Antiguo Testamento se contempla que el marido comete adulterio cuando tiene relaciones sexuales con la mujer de otro hombre, no cuando tiene relaciones sexuales con otra mujer.

- El Antiguo Testamento consideró a todas las mujeres adultas sanas, ritualmente impuras cuando menstruaban. En una sección que trata de la enfermedad y los flujos corporales, la menstruación se describe como «su impureza» y convierte a las mujeres, y a todo lo que tocan o aquello en lo que se sientan, en impuro durante 7 días (en cambio, la eyaculación deja a los hombres impuros sólo hasta la tarde del día en que ocurre).
- En el Antiguo Testamento, si una mujer da a luz a un hijo, queda impura 7 días y no puede ir al templo durante 33 días; si da a luz a una hija está impura durante 14 días y no puede ir al templo durante 66 días. Esta impureza ritual convierte la menstruación y el nacimiento, en especial el de una hija, en acontecimientos contaminantes.

Todas estas leyes e imposiciones crearon una idea de cómo éramos y de cómo debíamos ser y comportarnos las mujeres y ello influyó en la percepción de los otros sobre nosotras y nuestra percepción sobre nosotras mismas. Aún habiendo padecido todo tipo de degradaciones, hubo un gran poder femenino que no desapareció, sino que se adaptó y adoptó la forma de otras diosas y de algunas mujeres poderosas como Isis, que fue la diosa egipcia a la que se rindió culto de manera muy extensa desde España hasta Asia Menor y desde el norte de África hasta Alemania.

En los siglos inmediatamente anteriores al nacimiento del cristianismo, el culto a Isis fue la religión más difundida del Imperio romano. El *Himno I* de un incierto Isidoro dedicado a Isis muestra su importancia y habla de ella como «la madre de los dioses» y como síntesis de las demás diosas cuando dice en el último verso «tú sola eres todas las que fueron llamadas como otras diosas por los pueblos» (Luisina Abrach, 2019).

Θραῖκες καὶ Ἕλληνες, καὶ ὄσσοι βάρβαροί εἰσι,
 οὐνομά σου τὸ καλόν, πολυτίμητον παρὰ πᾶσι,
 φωναῖσι φράζουσ' ἰδίαις, ἰδίαι ἐνὶ πάτρῃ.
 Ἄστάρτην Ἄρτεμιν σε Σύροι κλήζουσι Ναναίαν
 καὶ Λυκίων ἔθνη {η} Λητοῦν καλέουσιν ἄνας[σαν

Μητέρα δὴ κλήζουσι θεῶν καὶ θρήϊκες ἄνδρες,
Ἑλληνες δ' Ἥρην μεγαλόθρονον ἠδ' Ἀφροδίτην
καὶ Ἑστίαν ἀγαθήν, καὶ Ῥεΐαν, καὶ Δήμητρα,
Αἰγύπτιοι δὲ Θιοῦιν, ὅτι μούνη εἶ σὺ ἅπασα[ι]
αἰ ὑπὸ τῶν ἔθνων ὀνομαζόμεναι θεαὶ ἄλλα. (15-24)

Tracios, helenos y cuantos bárbaros existen,
lo bello es tu nombre, honradísimo entre todos,
lo dan a conocer con sus voces propias, en su propia patria.
Los sirios te celebran como Artemis Astarté Nanea,
y la etnia de los lícios te invocan como la soberana Leto
y los hombres tracios te celebran como la madre de los dioses,
los helenos como Hera de trono elevado y Afrodita,
y la noble Hestia, también Rea y Deméter,
(pero) los egipcios Tiuis, puesto que tú sola eres todas
las que fueron llamadas como otras diosas por los pueblos.

La Gran Diosa del Paleolítico estaba presente, su esencia no había muerto y recibía varios nombres y todos ellos eran distintas caras del mismo principio femenino, de la Diosa. Conocemos la mitología griega y romana por ser la más cercana a nuestra sociedad y conocemos a las diosas del Olimpo. También la mitología celta y nórdica tiene a sus diosas, así como las mitologías japonesa, china, africana y sudamericana. La Diosa ha continuado estando presente en todos los rincones del mundo. Y no sólo la Diosa ha pervivido, la mujer como su representación en la Tierra ha sido sacerdotisa, oráculo, chamana, sanadora, reina, emperatriz..., conteniendo en sí la esencia del principio femenino. Mujeres poderosas han poblado el mundo como Pitia de Delfos (que actuaba como oráculo del dios Apolo), Cleopatra (reina de Egipto), las vírgenes vestales (sacerdotisas de la diosa romana del hogar, Vesta), Boudica (reina guerrera de los icenos), Gala Placidia (regente del Imperio romano de Occidente), Safo de Lesbos (poetisa), Hipatia (matemática), Eurídice (abuela de Alejandro Magno)... Incluso me atrevería a hablar de las amazonas, la existencia de las cuales no se ha probado, pero de las que la cultura griega está llena de descripciones. La primera mención que se conoce de ellas se la debemos a Homero

en la *Iliada*. También en la *Etiópida* (poema épico de la literatura griega) se dice que las amazonas se unieron a los troyanos para luchar contra los griegos. Se pensaba que la sociedad de las amazonas era una sociedad masculina a la inversa, ya que ellas se dedicaban a actividades tradicionalmente dominadas por los hombres como la equitación, la caza y la guerra. Herodoto también describe cómo jóvenes guerreros escitas (pueblo nómada de zonas asiáticas) persuadieron a algunas amazonas para formar una nueva sociedad juntos, aunque las mujeres insistieron en que ni ellas ni su descendencia cambiarían sus estilos de vida en absoluto (Mark Cartwright, 2019).

La idea de que existiesen unas mujeres tan poderosas como las amazonas siempre me llenó de alegría interna. Siempre me he considerado muy guerrera, conquistadora de objetivos y luchadora, y las amazonas fueron fuente de inspiración y fortaleza y no sólo para mí, sino para otras muchas mujeres europeas.

También quería hablar de Cleopatra VII (69-30 a. C.), que fue la última reina independiente de Egipto. Cuando tenía 17 años accedió al trono y defendió una alianza con Roma. Esto le supuso el tener que huir a Alejandría porque su hermano y el consejo regente se opusieron a tal alianza. En Alejandría encontró a Julio César y consiguió su apoyo, recuperó el trono y ella y Egipto fueron aliados de Roma. Cleopatra fue a vivir con Julio César y él le deparó honores reales, la trató como la reina que era y colocó una gran estatua dorada en el templo de Venus que él había construido. Después Julio César fue asesinado y ella permaneció como reina de Egipto independiente, gobernando conjuntamente con su hijo de tres años. Se casó con Marco Antonio y gobernaron como iguales. Al final, después de muchos otros acontecimientos acabaría suicidándose para evitar la humillación que Octavio, emperador de Roma que le declaró la guerra, le tenía preparada tras su derrota. Fue reina y salvó muchos obstáculos para ello, pero permaneció en el trono veinte años y gobernó un Egipto independiente.

Existen otros ejemplos de mujeres poderosas que destacaron en un mundo ya de hombres, en un mundo patriarcal, pero no trato de hacer un listado de ellas, sino más bien de mencionar que existieron y que las mujeres no quedamos relegadas del todo a no ser vistas.